

de los goces del hogar, sin los cuales semejantes mejoras serían relativamente inútiles, y de seguro inciertas (1).

Hay también pueblos y villas excepcionales en el condado de Lanca donde se han ahorrado grandes sumas de dinero por los operarios para comprar ó para construir habitaciones y cabañas cómodas. El año pasado ahorró Padyham como quince mil libras esterlinas para este objeto, aunque su población no cuenta más que unos ocho mil habitantes. Burnley ha tenido también un gran éxito. La sociedad constructora de allí tiene seis mil seiscientos accionistas, que ahorraron el año pasado L. 160.000, ó un promedio de veinte y cuatro libras esterlinas por cada accionista. Los socios consisten principalmente en operarios de fábricas, mineros, mecánicos, ingenieros, carpinteros, aibañiles y labradores. Incluyen también mujeres, tanto casadas como solteras. Dice nuestro corresponsal que " gran número de obreros trabajadores han comprado casas en que vivir. Han comprado casas igualmente como un medio de colocar bien su dinero. La sociedad constructora ha ayudado en cientos de estos casos, adelantando dinero sobre hipotecas, siendo amortizadas esas hipotecas con plazos favorables. "

Las sociedades constructoras son, en todo, los métodos más excelentes para demostrar las ventajas del ahorro. Inducen á los hombres á economizar dinero con el propósito de comprar sus propios hogares, en los que, mientras vivan, poseen la mejor de todas las garantías.

(1) Carta de Mr. Juan Holmes, en los « Informes de la Exposición Universal de París, » 1867, vol. VI, p. 240.

CAPÍTULO VII.

ECONOMÍA EN EL SEGURO SOBRE LA VIDA.

Por un tropiezo no renuncies el propósito que te habías propuesto realizar. SHAKSPEARE.

Somos auxiliares, criaturas de la misma especie, de lo justo contra lo injusto. E. BARRETT.

La vida no nos ha sido dada para usarla por completo en la prosecución de aquello que tendremos que dejar detrás de nosotros cuando muramos. JOSÉ MAY.

La felicidad ó la desdicha de la ancianidad no son muchas veces más que el extracto de nuestra vida pasada. DR MAISTER.

Quedan por mencionar otros dos métodos de ahorro cooperativo. El primero es el seguro sobre la vida, que coloca á la viuda y á los hijos con los medios de ser atendidos para después de la muerte del asegurado; y el segundo es por las sociedades de socorros mutuos, que habilita al operario para proveerse de ayuda en la enfermedad, y á sus viudas y huérfanos con una pequeña suma á su muerte. El método primero se practica por las clases medias y altas; y el segundo por las clases trabajadoras.

Puede muy bien necesitarse muchísimo tiempo para ahorrar el suficiente dinero con que proveer para aquellos que dependen de nosotros; y siempre existe la tentación de hacer uso de los fondos apartados para la muerte, que, como lo suponen

la mayor parte de las personas, puede ser un lejano acontecimiento. Así es que el ahorrar de poco en poco, y de semana en semana, no siempre es de fiar.

La persona que se asocia á una sociedad de seguros, se halla en posición diferente. Su economía anual ó trimestral se convierte en el acto en una parte de un fondo general, lo suficiente para realizar la intención del asegurado. Desde el momento que hace su primer pago, está conseguido su objeto. Aunque muera al día siguiente de haber pagado su cuota, recibirán su viuda y sus hijos toda la cantidad de su seguro.

Este sistema, al mismo tiempo que asegura una provisión á sus supervivientes, estimula á un hombre hacia la obligación moral de practicar la previsión y la prudencia, desde que por su medio pueden practicarse estas virtudes, y queda asegurada su recompensa final. De las ventajas inherentes al seguro de la vida no es la menor la serenidad de espíritu que acompaña al hombre previsor cuando se halla enfermo en cama ó cuando está esperando la muerte, tan diferente de esa ansiedad dolorosa por el bienestar futuro de una familia, que agrega lo acerbo al sufrimiento físico y retarda ó anula el poder de la medicina. Escribiendo á un amigo el poeta Burns pocos días antes de su muerte dijo que: "aun era víctima de la aflicción. ¡Ay! Clark, principio á temer lo peor. La pobre viuda de Burns y media docena de huérfanos desvalidos, ahí, soy débil como la lágrima de una mujer. Basta de esto, ¡es la mitad de mi enfermedad!"

El seguro sobre la vida puede ser descrito como un plan de capitales asociados para asegurar á las criaturas contra la indigencia. Es un arreglo por cuyo medio convienen un gran número de personas en poner anualmente á un lado ciertas pequeñas sumas llamadas *cuotas*, para acumularlas á interés como en un Banco de ahorros, contra la contingencia de la muerte del asegurado, cuando la cantidad de la suma suscrita es entregada inmediatamente á los supervivientes. Por estos medios pueden desde luego formar un fondo á beneficio de sus familias para cuando mueren, aquellas personas que poseen muy pe-

queño capital, aunque gocen de sueldos ó salarios con toda regularidad.

Oímos á menudo de hombres que han sido miembros activos y útiles de la sociedad, y que mueren dejando á sus mujeres é hijos en una pobreza absoluta. Han vivido en estilo respetable, han pagado alquileres elevados por sus casas, se han vestido bien, mantenían buenas relaciones, eran vistos en la mayor parte de los parajes de diversión, y criaron á sus hijos con ciertas ideas de posición y respetabilidad social; pero la muerte los ha abatido, y ¿cuál es la situación de sus familias? ¿Ha provisto el padre para lo futuro? De veinte á veinte y cinco libras esterlinas pagadas anualmente en una compañía de seguros, habrían asegurado á sus viudas y huérfanos contra la necesidad absoluta. ¿Han llenado este deber? No, nada de esto han hecho; resulta que la familia ha estado viviendo, gastando todos sus recursos, ó más allá de lo que podían, y el resultado es que de pronto quedan lanzados en el mundo del todo insolventes.

Una conducta como esta no es solamente irreflexiva é imprevisora, sino que es también cobarde y cruel en el más alto grado. Producir una familia en la sociedad, darle gustos y educación, habituarla á las comodidades, cuya pérdida es miseria, y después dejar á la familia para el asilo, la cárcel, ó en medio de la calle — á las limosnas de los parientes, ó á la caridad del público, — es casi cometer un crimen contra la sociedad, lo mismo que contra los desgraciados seres que son las víctimas inmediatas.

Se convendrá en que es relativamente corto en estos tiempos de intenso competir, el número de hombres que pueden ahorrar un acopio suficiente de capital para beneficio de sus familias. Casi absorben por completo todas sus ganancias las necesidades de una familia que aumenta, y encuentran que la suma que pudieran depositar en un banco es tan pequeña, que no se la deposita de ningún modo. Se hacen indiferentes ú omisos al hecho de poder llegar alguna vez á conseguir un objeto tan sin esperanza en la apariencia, como lo es la acumulación de los ahorros, para beneficio de sus familias después de la muerte del imponente.

Examinemos el caso de un hombre casado y con familia. Ha principiado á hacer negocios, y cree que si se conserva con vida, podrá en el curso de los años economizar los ahorros suficientes para proveer á su mujer é hijos después de su muerte. Pero la vida es lo más inseguro, y sabe muy bien que en cualquier momento puede fallecer, dejando tras de sí á aquellos que más quiere, en completo estado de desnudez. Á la edad de treinta años se resuelve á entrar en una compañía de seguros sobre la vida. Lo hace por quinientas libras esterlinas, pagaderas á sus herederos á su muerte, y paga de doce á quince libras esterlinas cada año. Desde el momento en que paga esa cantidad, quedan aseguradas para su familia las quinientas libras esterlinas, aunque muriese al día siguiente de hecho el seguro.

Ahora bien, si hubiese depositado anualmente estas doce ó quince libras esterlinas en un banco, ó las hubiera colocado á interés, habría sido necesario unos veinte años antes que sus ahorros hubieran llegado á quinientas libras. Pero con el expediente sencillo y hermoso del seguro sobre la vida, están aseguradas contra la aflicción y el cuidado estos veinte y seis años de la mejor parte de su vida, por lo menos en lo que se refiere á este punto. Y no le priva la anticipación del mal futuro del gozo presente. Por medio de un pago anual determinado que disminuye conforme á las ganancias de la sociedad, está seguro de dejar una cantidad fija á su muerte en favor de su familia.

En este modo el seguro de la vida puede ser considerado desde el punto de vista de un contrato, por el cual las desigualdades de la vida están hasta cierto punto promediadas y compensadas de modo que aquellos que mueren pronto — ó mejor dicho sus familias — son partícipes de la buena fortuna de aquellos que viven más allá del término medio de la vida. Y aun suponiendo que el mismo asegurado viviera más allá del período en que sus ahorros se habían acumulado á ser más de la suma asegurada, no se arrepentirá, si considera que ha estado libre durante tantos años de su vida del corroedor afán.

Las razones que inducen á un hombre á asegurar su casa y

sus mercancías contra los accidentes del fuego, debieran ser más imperiosas para inducirle á asegurar su vida contra el accidente de las enfermedades y la contingencia de una muerte repentina. Lo que en un caso es prudencia natural, parece algo más en el otro; ha añadido á ella el deber de proveer al sostén futuro de una esposa que puede quedar viuda, y de hijos huérfanos, y ningún hombre que descuide un deber tan grande y obligatorio puede ser disculpado con justicia. ¿Es obligación de esposo y de padre proveer al pan de cada día para su mujer y sus hijos mientras vive? Entonces es también una obligación de su parte proveer medios para su sostén adecuado, en el caso de su muerte. El deber es tan obvio, los medios de cumplirlo tan sencillos, y ahora están colocados tan fácilmente al alcance de todos los hombres, el arreglo es tan eminentemente práctico, razonable, benévolo, y justo, está, además, tan calculado para aumentar el sentimiento del respeto propio de todo hombre sabio y prudente, y para estimularle en el cumplimiento de todos los deberes sociales convenientes, que no podemos concebir ninguna objeción posible en su contra, y sólo es de lamentar que su práctica no sea más general y acostumbrada de lo que es aún en todas las clases de la comunidad (1).

Las sociedades amigables ó de beneficencia de las clases trabajadoras son también sociedades cooperativas bajo otra forma. Ellas estimulan el hábito de prudente confianza propia entre el pueblo, y son dignas por consiguiente, de todo estímulo. Ciertamente que es un hecho notable el de que cuatro millones de operarios se hayan organizado en asociaciones voluntarias con el objeto de una ayuda mutua en tiempo de enfermedad y escasez. Estas sociedades, en gran parte son el sobrante del amor inglés por el gobierno propio

(1) Puede mencionarse que la cantidad total asegurada que existe en las oficinas británicas, en su mayor parte por las clases medias, es de unos trescientos cincuenta millones de libras esterlinas, y que la suma anual que se paga por premios sube cuando menos á once millones de libras esterlinas. Y sin embargo, sólo una persona de cada veinte pertenecientes á las clases á quienes es especialmente aplicable el seguro sobre la vida, se han aprovechado hasta ahora de sus beneficios.

y la independencia social, para cuya demostración se puede mencionar que, en Francia sólo una entre veinte y seis personas se ve que pertenezca á una sociedad de socorros mutuos, y en Bélgica una de cada sesenta y cuatro, se encuentra que en Inglaterra hay una por cada nueve personas, tal es la proporción. Se dice que las Sociedades inglesas tienen en caja fondos que ascienden á más de once millones de libras esterlinas, y distribuyen auxilios entre sus individuos, proporcionados por contribuciones voluntarias de sus ganancias semanales, que ascienden á dos millones de libras esterlinas al año.

Aunque los operarios de Francia y de Bélgica no pertenezcan á sociedades de socorros mutuos, en tan gran número como los nuestros, debe hacerse presente en su justificación, que son las personas más económicas y prudentes del mundo. Colocan sus ahorros principalmente en fondos públicos y en tierras. Los franceses y los belgas tienen una verdadera hambre por la tierra. Economizan todo lo que pueden con el fin de adquirir más. Y con respecto á lo que invierten en los fondos públicos, puede mencionarse, como un hecho bien conocido, que los campesinos franceses fueron quienes colocando sus ahorros en el empréstito de la defensa nacional, libraron al suelo francés de la planta de los conquistadores alemanes (1).

Las sociedades de socorros mutuos inglesas, á pesar de su gran utilidad y beneficios, tienen numerosos defectos. Existen defectos en los detalles de su organización y administración, mientras que muchas de ellas están financieramente erradas. Al igual de otras instituciones en sus primeros periodos, han sido pruebas, y en gran parte empíricas, más particularmente por lo que hace á sus cuotas de contribución y abonos para

(1) Actualmente tiene en Francia un individuo por cada ocho de su población, una acción en la deuda nacional, siendo el promedio de lo que se tiene unos ciento setenta francos. Los partícipes en la deuda se aproximan mucho al número de propietarios, ó más bien propiedades distintas, que suben á cinco millones quinientos mil, según el último informe. Francia proporciona, pues, una singular excepción de aquellos países de la Europa central y occidental, en donde « los ricos se están haciendo más ricos y los pobres mucho más pobres. » En Francia se está reparando más y más la riqueza en la masa general de la población.

ayuda de los enfermos. Las cuotas han sido fijadas en muchos casos muy bajas en proporción á los beneficios concedidos; y de ahí que la "caja" sea declarada cerrada á menudo, después que el dinero subscripto ha sido gastado. La sociedad concluye entonces y los miembros más antiguos tienen que quedar sin auxilio para el resto de sus vidas. Pero hasta las mismas sociedades de seguros sobre la vida han tenido que pasar por la misma enseñanza del fracaso, y la operación de "dar cuerda" no ha dejado de echar algún descrédito sobre estas asociaciones de la clase media.

Transcribimos las mismas palabras del registrador de las sociedades *Amigables*, en un informe reciente: "Aunque los informes obtenidos hasta ahora no son muy halagüeños por lo que se refiere al sistema general de la administración, en su conjunto quizá no son peores los resultados del empleo del dinero de los pobres, que los que han tratado de conseguir los nobles, los miembros del parlamento, los comerciantes, hacendistas y especuladores en sus administraciones de ferrocarriles, bancos por acciones, y empresas de todo género."

Las sociedades de operarios han tenido su origen en su mayor parte en una necesidad común, sentida por personas de pequeños recursos, incapaces de poder acumular ninguna cantidad de ahorros para precaverse contra el desamparo en el caso de inutilización por enfermedad ó accidente. Al principiar la vida, difícilmente pueden ahorrar dinero aquellas personas que ganan su sustento por medio del trabajo diario. Gastos imprescindibles absorben sus limitados recursos y oprimen pesadamente sus entradas. Cuando están imposibilitados para el trabajo, es gastada muy luego cualquier pequeña cantidad que hayan podido acumular, y si tienen una familia que mantener, no hay entonces ante ellos más elección que entre la escasez, la mendicidad, ó recurrir al trabajo de los asilos. Con el deseo de evitar cualquiera de estas alternativas, han recurrido al expediente de la sociedad de socorros mutuos. Cambiando y uniendo gran número de contribuciones, han hallado

así que era practicable proveer una suma suficientemente grande para hacer frente á las exigencias ordinarias durante la enfermedad.

Los medios para llevarlo á cabo son muy sencillos. Todo socio contribuye á un fondo común con la cantidad de cuatro ó seis peniques semanales, y de este fondo se paga la mesada estipulada. La mayor parte de estas sociedades tienen también un fondo de viudas y huérfanos, reunido de igual manera, del cual se paga una cantidad á los herederos de los socios á su muerte. Es obvio que estas asociaciones, por llenas de defectos que estén en los detalles, no pueden dejar de ejercer una influencia benéfica sobre la sociedad en general. El hecho de que una de esas sociedades, la *Unity of Odd Fellows* de Mánchester, tiene como medio millón de socios, posee un capital en fondos públicos que llega á Lib. 3.706.366, y distribuye en socorros á los enfermos y pago de sumas por defunciones más de Lib. 300.000 anualmente, demuestra con sorprendente claridad su acción benéfica sobre las clases por quienes y para quienes ha sido establecida. Por medio de ellas están en condición los operarios de asugurar los resultados de la economía con un costo relativamente pequeño. Porque el socorro mutuo es economía, en su forma más económica; y no hace sino presentar otro ejemplo de ese poder de cooperación que está operando tan extraordinarios resultados en todos los departamentos de la sociedad, y en realidad es otro de los nombres de la civilización.

Muchas personas hacen objeciones á las *Sociedades Amigables* á causa de ser dirigidas en tabernas; porque muchas de ellas han sido formadas por dueños de tabernas para conseguir así la clientela de sus socios; y porque en sus reuniones quincenales para pagar sus subscripciones, adquieren el hábito pernicioso de beber, y de ese modo despilfarran tanto como lo que economizan. Es indudable que las *Sociedades Amigables* confían mucho en el elemento social. La taberna es la casa de todos. Allí pueden reunirse los socios, hablar y beber juntos. Es probabilísimo que si hubieran confiado únicamente en el

sentimiento del deber — el deber de asegurarse para el caso de una enfermedad — y que se hubiera requerido únicamente á los socios que abonasen sus contribuciones semanales á un colector ó tesorero, habrían continuado su existencia muy pocas de esas sociedades. En un gran número de casas, no existe prácticamente ninguna elección entre la sociedad que se reúne en una taberna, ó no.

Resulta que la sociedad no puede ser conducida sobre principios superfinos. Pero la mayoría de los hombres, y especialmente los hombres de que estamos hablando, es un mundo rudo, trabajador, guiado por principios comunes, tales como pueden usarlos. Para algunos podrá parecer vulgar asociar el tabaco, la cerveza, ó festejar con comida y bebida el deber puro y sencillo de efectuar un seguro contra el impedimento del trabajo por causa de enfermedad; pero el mundo en que vivimos es vulgar, y debemos tomarlo cual es, y tratar de aprovecharlo lo mejor que sea posible. Confesemos que las tendencias en el hombre hacia lo puramente bueno son muy débiles, y que necesitan mucha ayuda. Pero el recurso, por vulgar que sea, de atraerle por medio de su apetito por la comida y bebida á que llene un deber para consigo y para con sus semejantes, de ninguna manera está limitado á las sociedades de operarios. Dificilmente habrá en Londres una sociedad ó institución de caridad que no tenga su banquete anual con el propósito de atraerse subscriptores. ¿Hemos de condenar la comida anual de diez y ocho peniques del pobre, y disculpar la de una guinea del rico?

Mr. Akroyd, de Halifax, hizo un vigoroso esfuerzo, en 1836, para establecer una *Sociedad Previsora de Enfermos y Banco de Ahorro de Peniques* (1), para los operarios, en el oeste del condado de York. Con este fin se estableció una organización; y aun-qua el *Banco de Peniques* tuvo un éxito completo, fué un fracaso, también completo, la *Sociedad Previsora*. Mr. Akroyd explica de este modo las causas del fracaso: “ Encontramos el campo

(1) En vez de *Caja de Ahorros*, no ha parecido más gráfico conservar la forma Inglesa de *Banco de Peniques*. (N. del T.)

ya ocupado, dice, por *Sociedades Amigables*, especialmente por las *Odd Fellows*, *Druids*, *Foresters*, etc.; y contra sus principios de gobierno propio, resistencia mutua contra el fraude, y *Hermanidad*, no puede competir ninguna sociedad nueva é independiente. Nuestras cuotas eran también necesariamente más elevadas que las suyas, y esta fué quizá una de las causas principales de nuestro fracaso. "

Las cuotas bajas de la contribución han sido causa principal del fracaso de las *Sociedades Amigables* (1). Era por supuesto muy natural que los socios, siendo personas de limitados recursos, se esforzasen por asegurarse los fines de su organización con el menor gasto posible. Por eso fijaron sus cuotas tan bajas como fué posible: y, según lo probaron los resultados, las fijaron en la mayor parte de los casos *demasiado* bajas. Mientras que las sociedades consistían de hombres jóvenes y sanos en su mayor parte, y que el promedio de enfermedades era bajo, parecía que lo que se pagaba era muy suficiente. Los fondos se acumulaban, y muchos se halagaban creyendo que sus sociedades estaban sobre un pie de verdadera prosperidad, cuando ya contenían los elementos seguros de decadencia. Porque, conforme llegaban á viejos los socios, se acrecentaba regularmente su promedial aptitud hacia la enfermedad. Habiendo subido muy pronto los efectos de la edad aumentada sobre la solvencia de los « Clubs de Beneficencia, » evitaban los jóvenes á las sociedades antiguas, y preferían fundar organizaciones propias. La consecuencia era, que los viejos principiaban á girar sobre sus reservas al mismo tiempo que disminuían las contribuciones ordinarias, y cuando, como sucedía con fre-

(1) El registrador de las *Sociedades Amigables*, en su informe de 1859, dice que desde 1793 hasta 1858, el número de sociedades registradas y certificadas ha sido de 28,350, de las cuales 6,350 han dejado de existir. La causa del fracaso en la mayor parte de los casos se ha informado que era, lo inadecuado de las cuotas de contribución, la concesión de pensiones, lo mismo que las pagas á enfermos, y la falta de aumento de socios jóvenes. La disolución de una sociedad, sin embargo, es efectuada frecuentemente con la mira de rehacerla en otra forma, y volverla á la vida con nuevos reglamentos, y con cuotas de remuneración tales como el mejor conocimiento ha probado ser necesario para las contingencias en que tienen que incurrir.

cuencia, algunos cuantos enfermos seguían apurando á la sociedad, se agotaban al fin los fondos, se declaraba cerrada la caja, y la sociedad se disolvía. La verdadera injusticia se hacía á los más jóvenes que quedaban en la sociedad. Después de pagar sus contribuciones durante muchos años, se encontraban, al ponerse enfermos, que los fondos se habían agotado, por gastos hechos en pensiones y otras cosas de que se hacía mención en los reglamentos de la sociedad.

Hasta las mejores sociedades de beneficencia han tardado de aprender la importancia esencial de las cuotas apropiadas, para ponerlas en estado de poder llenar sus obligaciones y asegurar su utilidad continuada como así mismo su solvencia. El defecto de la mayor parte de ellas consiste en que tratan de hacer demasiado con medios insuficientes. Los beneficios que se pagan son muy elevados con relación á las cuotas que se cobran. Son atendidos debidamente los que llegan primero, pero aquellos que van tarde, encuentran á menudo vacía la caja. Muchas veces han sido, no solamente muy bajas las mensualidades establecidas, sino que también ha habido poco ó ningún cuidado en la elección de los socios. Hombres entrados en años y de salud débil son admitidos á veces en las mismas condiciones que los jóvenes y que tienen salud, no habiendo más diferencia que en la cuota de entrada. Hasta las asociaciones nuevas que empiezan con mensualidades inadecuadas, en vez de adquirir consistencia, se hacen cada vez más débiles; y en el caso de que caigan sobre los fondos algunos de los miembros que siempre están enfermos, pronto se agotan, quiebra la asociación y se dispersa. Tal ha sido la historia de miles de sociedades de socorros mutuos, que han hecho bien y han servido para un propósito útil en su tiempo, pero de corta vida, efímeras, y que sólo fueron para muchos de sus individuos un desengaño y hasta una decepción.

Últimamente se han hecho tentativas, muy especialmente por los directores de la « Unión » de los *Odd Fellows* de Manchester, para mejorar la condición financiera de su sociedad. La prueba mejor del deseo que existe por parte de los principales

individuos, en la « Unión », para llevar á la organización á un estado de solidez financiera, quizá se encuentra en el hecho de que el directorio ha autorizado la publicación del mejor de todos los datos para su futuro gobierno, á saber, el conocimiento de la enfermedad actual en la corporación. Ha preparado y publicado una minuciosa serie de tablas, de acuerdo con esta idea, para conocimiento de los socios, Mr. Radcliffe, secretario corresponsal, y lo ha hecho con un costo de £ 3,500. En el prefacio de la última edición se dice, “ que esta suma no ha sido tomada de los fondos destinados para auxilios durante las enfermedades, para los seguros en las defunciones ó para proveer á las viudas y huérfanos necesitados, sino que lo han sido de los fondos administrativos de las logias, fondos que siendo reunidos generalmente por medio de subscripción directa de los socios, no son por lo tanto gastados fácilmente sin una seria consideración por parte de aquellos que están más interesados en el crédito y en el bienestar de su querida asociación. »

Creemos que el tiempo y la experiencia pondrán en condición á los jefes de las *Sociedades amigas*, de adelantarlas en general é introducir nuevas mejoras. Las mejores instituciones son cosas de tardío progreso, y se les da forma con la experiencia, tanto por los fracasos como por los éxitos, y finalmente, requieren tiempo para vigorizarlas y arraigarlas en la costumbre. La sociedad más imperfecta establecida por operarios para el socorro mutuo durante la enfermedad, independiente del auxilio que provenga de la caridad privada ó de los fondos de los pobres, está fundada con espíritu legítimo, y merece todo estímulo. Proporciona la base sobre la cual se puede edificar algo mejor. Enseña la confianza en sí mismo, y cultiva de ese modo entre las más humildes clases los hábitos de una economía previsora.

Las *Sociedades amigas* principiaron sus operaciones antes que hubiera ninguna ciencia de estadística vital para guiarlas, y si han cometido errores en los seguros mutuos, no han sido ellas las únicas. Considerando las dificultades con que han tro-

pezado, tienen títulos para ser juzgadas con benevolencia. Un buen consejo que se les dé con ánimo bondadoso, no dejará de producir sus buenos resultados. Los defectos con que están mezclados deben ser mirados nada más que como tegumento que caerá muy probablemente conforme crezca la flor y madure el fruto.